

LAS CALLEJAS DE CAMPOFRÍO: UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA

*José Manuel Delgado Ramos,
Antropólogo*

“Cuántos fantasmas hay en el libro de piedra de tu cansada y muda permanencia. Cuántos ríos de agua han sido trasvasados desde la fuente amiga a las casas del pueblo para la sed humana en cántaros turgentes, rezumantes y frescos, llevados por las mozas en cabezas de sueños y equilibrios; o por dóciles bestias en serones de áspera ternura, o en aguaderas de mojado aliento (tránsitos arrieros, caminos milandados, veredas concluyentes, penitentes trasiegos...) Calleja de Los Pozos...”

Juan Delgado López: “Paisajes de la memoria. Segundo regreso a Campofrío”.
A. S. Huebra (2002)

La aproximación a la situación de *lo rural* siempre constituye un riesgo que pone de manifiesto las dificultades de segmentar de manera precisa los diversos aspectos de las sociedades humanas. Ello supone necesariamente un acercamiento a técnicas y métodos que, no estando exentos de cientifismo, pretenden utilizar otras fuentes, otros aspectos de lo que se llama *rural*.

Pero si el análisis de la oralidad, lo festivo o el patrimonio inmueble nos ha de conducir hacia un bosquejo metodológico de la forma de vida agropecuaria, con todos los matices y diferencias que presenta en diferentes momentos históricos y lugares geográficos, no es menos cierto que el entorno campesino presenta palpables evidencias de peculiaridad, incluso desde una perspectiva ahistórica y en cierta forma “esencialista” con la que podría uno acercarse a ella.

Es el recuerdo, la memoria compartida, la tradición y lo comunitario lo que presenta un contexto definido, perfectible por el devenir, pero siempre con una cierta lógica, sin grandes desigualdades, en constante referencia al entorno geográfico en el que se inserta¹ y sin el cual no podemos introducirnos en el mundo de las callejas.

El contenido y la semiótica del paisaje, toda una geografía y sintaxis del entorno, ha venido calando en la mentalidad, insistiendo en una perspectiva desde la que ver el mundo que se asocia mucho más a lo natural, en el que la carencia de elementos superfluos y el valor –y el sudor– del trabajo cotidiano hacen reconocer muy profundamente el valor de lo que se consigue con esfuerzo. Lejos de un planteamiento plano desde lo epistemológico, en el que cayeron numerosos autores de la sociología clásica, no podemos dejar de reconocer fuertes raíces en las comunidades *rurales*, insistiendo de nuevo en lo convencional que encierra este término.

Desde visiones cercanas al materialismo histórico, integrando el conflicto social como elemento de la estructura de clase (aunque no consciente) en la que se manifiesta una economía que hunde sus raíces en lo post feudal, no podemos dejar de afirmar que, de manera análoga a otros contextos socioculturales, no estamos ante una sociedad *igualitaria*.

¹ El recurso a la redistribución y reciprocidad lo han puesto de manifiesto autores clásicos como Eric R. Wolf, quien afirmaba la importancia de la función expresiva y protectora del campesinado “...bodas, funerales, oficios religiosos o fiestas de la cosecha...Ayudan a los seres humanos en las inevitables crisis de la vida, fracasos, enfermedades, muerte...mitiga la ansiedad y endurece frente a las desgarraduras y desconsuelos, ligan la experiencia personal íntima a la general”.

Si en la sociedad rural burguesa que nos ha llegado hasta hoy la **casa** es elemento indisociable de las tareas laborales, incluso desde el punto de vista de la propia distribución de espacios y de la asignación de funciones, parece claro, por la diferentes dimensiones de hábitat, que estamos ante una sociedad en la que las diferencias sociales se mantenían y (en términos claramente marxistas) la existencia de una infraestructura económica determina una diferenciación categórica en las formas de habitación.

En consecuencia, el urbanismo popular y esa cosmogonía geográfica de lo rural siempre nos traslada una forma de habitación –la vivienda- muy característica, actuando como elemento transitorio hacia el espacio-tiempo humanizado que es el cercado, el campo de labor. No existe sino un cierto proceso de ósmosis progresiva entre el campo (el cercado, la era, las callejas..) y la vivienda, insertándose en la mentalidad del hombre de campo una percepción muy específica de su entorno.

En contraposición, la vivienda en entornos urbanos o *urbanizados* se especializa, se hace exclusivamente lugar de descanso. Lugar de habitación, no de trabajo. Es consecuente con este planteamiento una profunda división del trabajo y una apropiación del espacio muy específica, donde se concibe el territorio como elemento económico y privado, más allá de los espacios comunales o de utilización *libre* (eras, callejas, etc). Modelos de este antagonismo lo tenemos en las llamadas ciudades patronales (1), muy típicas en toda Europa en los siglos XIX y XX, particularmente asociadas en minas e industrias a una concepción racional y eficiente de los lugares de habitación.

Si ésta es la lógica que en este modelo nos lleva a considerar al obrero-minero como “atornillado” a su lugar de trabajo y pegado a sus caminos de hierro, sin ámbitos de sociabilidad informal clara –luego vinieron los casinos, ya más formales- como contraposición, en el entorno rural, tienen gran presencia las actividades tradicionales comunitarias (sementera, trilla, matanza, lavaderos, etc)

Si los experimentos sociales (desde el falansterio a las ciudades patronales) estaban impregnados del fuerte paternalismo de las sociedades burguesas nacidas de la revolución industrial, en la informalidad de la vivienda rural se expresa la difusa línea que separa el trabajo en el campo y el lugar de descanso. En el sistema de control empresarial de las minas, la misma casa era propiedad del patrono –cuando no todo el suelo y subsuelo...– se establecía en torno a ello todo ese poder omnímodo y otras fórmulas de consumo (los economatos) y ocio, estrechamente relacionado con el patronazgo. En el campesino medio su *suerte* lo era todo y su posibilidad de subsistencia era ser casi autosuficiente.

La casa es así el lugar de almacenaje, de recogida de los animales y bestias de labor, pero también en muchas ocasiones es taller y rudimentaria forja, entroncando con un estilo de vida frugal y muy orientado hacia la subsistencia.

Y la casa rural se inserta en un urbanismo premoderno, de raíz medieval, en el que el centro neurálgico –y de sociabilidad, de culto, de creencias, del ritmo del tiempo...– lo constituye la Iglesia Parroquial. En Campofrío, la Iglesia aparece justo en medio del eje viario Norte-Sur, en el centro de una línea trazada por la Cruz de los Dolores (posiblemente hito romano de la calzada de Ilipla hasta Urium) y el Puerto de la Cruz y la Charca de las Pasaeras. Para ser más claros, el urbanismo y el trazado viario se articula con cierta lógica en torno a las llamadas “Casas de Arriba”, justo al lado de la sacristía del siglo XV de la Iglesia y desde aquí establece un lenguaje de conexión con otros lugares: las Cañadas a través de la c/Calvario, hacia el puerto de la Cruz por la Calleja del Risco Gordo..., por el cementerio al Socavón y la fuente La Copa, etc.

En contraposición, el poblamiento decimonónico de las ciudades de nueva creación, (de origen empresarial en las minas) se plasma en rectilíneos trazados, sin conexión alguna con el paisaje, más bien como contraposición o dominio de este². Si podemos hablar del entorno rural como un elemen-

² La transformación del entorno geográfico es un elemento que han puesto de manifiesto muchos autores para explicar la falta de raíz identitaria de algunos tipos de poblamiento. Es el caso

to con nombre y apellidos, reconocido por la colectividad como propio, inserto en la memoria colectiva y fruto de afanosos trabajos (la trilla, la conservación comunal de las callejas, etc), en el urbanismo empresarial-minero podemos afirmar que existen los no-lugares (algo similar a los que acuñó Pierre Bourdieu), en los que la escasa permanencia, falta de lugares comunes e inexpressión de lo colectivo remarca la clara dominante de lo empresarial como forma de colonización del paisaje.

LAS CALLEJAS. INFRAESTRUCTURAS, PAISAJE Y TÉCNICA

Pero entonces, ¿cuál es la medida de las callejas y su conservación y construcción en el contexto de la economía rural? ¿qué valor tienen en el contexto de la tradición oral, los caminos y callejas y esos “cantos de ánimas” contados a luz de la lumbre en inviernos de ventiscas y aguaceros? ¿Cómo las eras contribuyeron a enhebrar lazos sociales de reciprocidad en medio de una función económica absolutamente nuclear? Sin establecer las coordenadas espacio-temporales no podremos ver con claridad una respuesta a estas preguntas, pero claro está que estamos ante un modo específico de sociedad, con todos los matices que sin ninguna duda esto comporta.

En este contexto de mínimos y máximos nos movemos desde una óptica metodológica, para aclarar el enfoque de este artículo, cuya misión no es otra que reclamar lo rural como elemento con personalidad propia y entrar en la geografía de las callejas rurales.

Es difícil que tengamos muchos datos concretos (si no es recurriendo a la tradición y las fuentes orales), ya que existe un vacío en muchos casos preocupante por el escaso apego que muchos antropólogos e historiadores han tenido a este mundo hasta fechas muy recientes. En todo caso, no es común en la historiografía el estudio de detalle de aspectos concretos de este

de la minería en Riotinto, donde el paisaje se convierte en un todo transformable y modificable en función de la explotación del yacimiento, sin ningún tipo de reglas de costumbre y tradición (memoria colectiva, lugares comunes..) hacia la población local, por otro lado procedente de distintos lugares de España y el sur de Portugal (Esteban Ruiz Ballesteros et altri)

mundo rural, ni siquiera su contextualización en relación a otros objetos de análisis como suele ser la economía, las costumbres o las fiestas rituales. Por tanto, el avanzar someramente sobre las callejas y su significación puede ser un ejercicio de interés para el estudio de lo local.

Hecho este planteamiento global de lo que puede entenderse por *rural*, parece conveniente detenerse en algunos elementos de la forma constructiva del campesino mediterráneo y muy particularmente del que aquí nos trae: el entorno de la Sierra de Aracena. Sería muy prolijo establecer una catalogación y en todo caso excede de la naturaleza de esta comunicación. Sí me gustaría apuntar sobre ejemplos concretos algunas notas metodológico-teóricas que vienen a definir su trascendencia para la economía rural hasta hace no mucho tiempo. Técnica, materiales y denominación, toda una nomenclatura que nos indica la conexión entre el ideario local y la memoria colectiva, a su vez clara y palpablemente relacionada con el contexto geográfico, con los lugares y el entorno que rodea el poblamiento.

Se hace necesario concretar que **el sistema y entramado de callejas** no es sino un *transitum* entre lo urbano y el campo, como espacio vivido e integrado –como hemos dicho– en la propia estructura del hábitat rural. Por tanto, todo su interés radica en diversos aspectos que pasaremos a analizar.

En primer lugar, es arquitectura vernácula y de tecnología rural y forma parte de la semiótica y sintaxis del paisaje, se inserta y da nombre a éste, lo humaniza y entronca con el ideario colectivo; es de carácter constructivo e integra técnicas y materiales que define una verdadera eficiencia en cuanto a costes y mano de obra.

Hablar de la superioridad técnica en términos relativos nos llevaría toda una investigación. Sólo queremos trasladar aquí que es erróneo considerar esta tecnología constructiva como elemento propio de sociedades atrasadas y fases de evolución humanas anteriores. Muy al contrario, podemos hablar de toda una sabiduría constructiva que, en base a la experiencia y el conocimiento del medio, aplica criterios de sostenibilidad, con el empleo

de materiales eficientes, trazado y técnicas de empedrado muy efectivas, asignación de mano de obra en base a reglas no escritas, pero muy eficaces³. Todo ello viene a significar que un somero análisis coste-beneficio nos sorprendería por lo extraordinario de su eficiencia y estabilidad constructiva, insistiendo en el uso de materiales de fácil acceso y transporte, aplicando siempre la lógica y el sentido común como aspecto clave de la racionalización de esfuerzos típico de la comunidad campesina clásica⁴.

Pero abundando en esta verdadera eficiencia y racionalidad constructiva, debemos apuntar una característica no suficientemente valorada y que ya hemos apuntado con anterioridad: su carácter sostenible y ambientalmente equilibrado. Las callejas, en efecto, al margen de constituir su presencia basándose en la funcionalidad de uso –necesaria para el tránsito cotidiano de personas y animales– es además referente en la adecuación de su morfología y trazado al entorno. Presenta una arquitectura rural muy precisa y conocedora del medio en el que se inserta. No se hace una calleja sin tener en cuenta los saltos de agua, las escorrentías y la evacuación de este líquido elemento. Se estudia y conoce palmo a palmo el terreno, evitando de esta forma un adicional esfuerzo en términos de mantenimiento de sus muros. El encauzamiento de pequeños arroyos que atraviesan las suertes constituye, en muchos casos, una ingeniería sostenible de gran belleza y funcionalidad, que es eficiente a través del tiempo, pues permanece sin destrozos graves invierno tras invierno.

Y sobre todo pone de manifiesto el enorme conocimiento del campesino medio de su entorno, su geografía más cercana, basándose en la tradición de los datos orales, en muchos casos más eficaces que cualquier estadística constructiva moderna.

³ Es conocida la asignación de mano de obra para el mantenimiento y conservación de las callejas que establecía en el siglo XIX el Ayuntamiento. Ésta se hacía en base al interés mutuo –de la comunidad y de cada propietario de cercado– pero era obligación el mantenimiento de cada propietario al menos en lo que afectaba a su acceso.

⁴ En Campofrío, es significativa la diferente utilización de materiales en función de la zona; al final de las Cañadas, en el Camino de Las Ventas de Arriba es raro el material empleado. Aquí, al no existir piedra cercana, se utiliza tapial como elemento de sustento constructivo.

PAISAJE HUMANIZADO. LAS CALLEJAS COMO IDEARIO COLECTIVO.

Podemos extraer una segunda característica de las callejas, con frecuencia invariable, independientemente del contexto rural en que se insertan. La contribución de estas construcciones a “humanizar” el paisaje nos transmite una idea clara de colectividad, de marca e ideario colectivo, donde se refleja toda una terminología reconocida, influencia de una geografía hecha a imagen y semejanza de la población rural, que la percibe como suya, que la identifica y nombra generación tras generación.

Hemos hablado anteriormente de los no-lugares, aquellos espacios llenos de incertidumbre y transformación, donde la mano del hombre ha erradicado cualquier atisbo de racionalidad, para imponerse al medio y deshumanizar el lugar de hábitat, en una clara ruptura del ideario colectivo, para posicionarse en contextos de mentalidad productivista y acusada rentabilidad (el espacio minero).

Aquí es muy diferente. En el entorno de los cercados y los caminos aparecen cuentos y leyendas, se insertan todas las acciones de lo popular, sirven de escenario colectivo-natural para cada época⁵. Constituyen el formato a completar –generación tras generación- en el que se representa la población rural.

Y sin ellos, geografía y paisaje de lo colectivo, por tanto, presente permanentemente y necesario para lo cotidiano, no podemos entender la ruralidad en toda su amplitud.

De esta forma, las callejas tienen capital importancia para la identificación de lugares, en la asignación de funciones y en la elaboración del

⁵ Los cuentos de ánimas tiene lugar entre los campos y los cabezos, en lugares en los que los lobos y las alimañas en frías noches de invierno estaban en sus dominios. Las leyendas de bandoleros y de contrabando tienen como escenario caminos reales, sendas y veredas identificadas por la terminología popular. En el entorno más cercano al ruedo agrícola, las callejas son el escenario vivido e interiorizado de la colectividad. El paisaje se hace humano pues determinamos sus nombres a lo largo del tiempo...

mapa colectivo y mental que de su propio entorno hace la población: todo está tasado desde antiguo, identificado como perteneciente a la comunidad. Igual que la Fuente La Copa recrea en lo identitario leyendas comúnmente compartidas⁶, se asignan terminologías a “*las pétreas lanzas enhiestas*”, a lugares como Piedra Caballera, de igual manera permanecen estables en la memoria de lo colectivo lugares tan entroncados con el pueblo campofriero como La Calleja del Papa, la Calleja de Los Pozos, la del Sastre, la del Molino, la del Chorrero, la de La Alfarería por el Resolano, lo más antiguo del pueblo, que más abajo es la del Risco Gordo, etc

Sin estos *puntos cardinales* que humanizan el paisaje y a la vez realizan su función económica, no se entiende el territorio rural, no podemos comprender cómo interpreta el campesino tradicional su contexto y su forma de vida. No podemos hablar de espacio-tiempo, como en todas las culturas humanas, si no es en relación a la ubicación geográfica de callejas y parajes identificables por sus nombres.

En las callejas de Campofrío, como en toda construcción social, aparece ante nosotros igualmente un doble significado. Como elementos simbólicos –en lo hermenéutico⁷- también son representación de la conciencia colectiva. Su función económica, infraestructural, no invalida esa categorización quizá elevada al grado de símbolo. Pero es indudable su fuerte presencia en la tradición, marcando un contexto de representación identitaria que está, principalmente, asentado en su evidente funcionalidad económica, pero que es reproducido colectivamente, de manera simbólica, tenido en cuenta por

⁶ Qué bella la leyenda que cuenta que en esta misma fuente bebió y dió de beber el Apóstol Santiago a su caballo, y en el suelo de la calleja aparece una gran piedra con la huella de su herradura...

⁷ No queremos seguir a Paul Ricoer en el concepto hermenéutico. “Llamo símbolo a toda estructura de significación en la que un sentido directo, primario, literal, designa además otro sentido indirecto, secundario, figurado, que no puede ser aprehendido sino a través del primero. Este ámbito de las expresiones de doble sentido constituye el campo de la hermenéutica propiamente dicho”

Sí nos sirve sin embargo para determinar el contenido simbólico –también económico- que en mapa mental colectivo presenta en el campesinado medio.

la comunidad campesina como elemento de representación del territorio propio, como inserto en un paisaje humanizado y amable.

Su terminología es conocida y reproducida oralmente, ahora que ya su funcionalidad económica está en retroceso. De esta manera, el peso del ideario colectivo aún hoy sigue marcando el devenir simbólico de la comunidad rural y se mantiene generación tras generación.